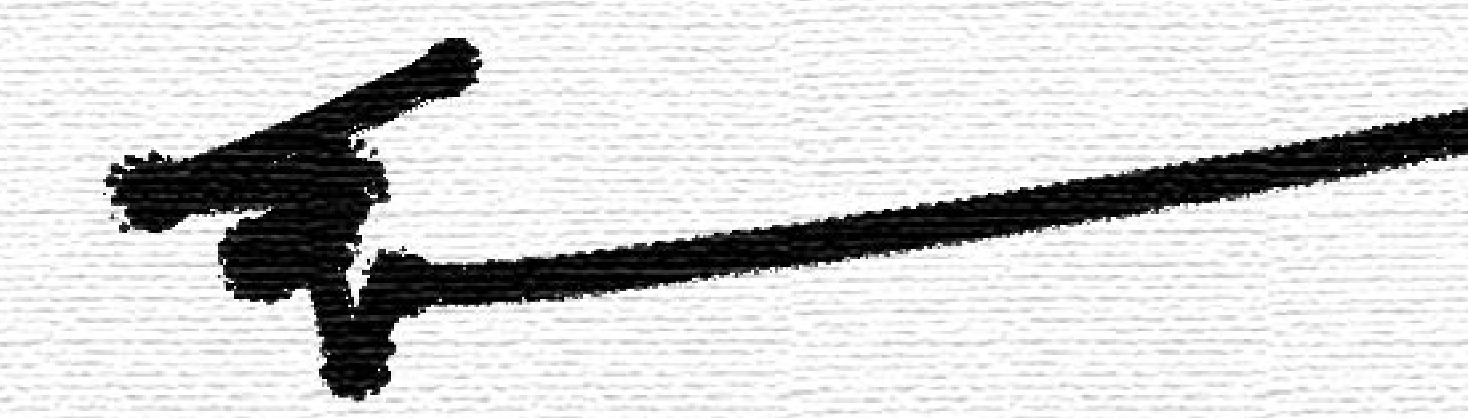
Historia y crisis de la producción de la verdad en el marxismo



Bernardo Sorj

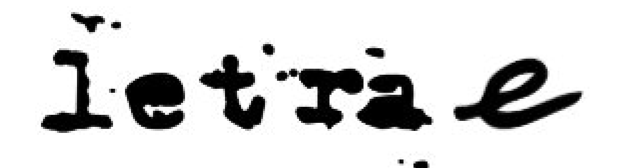
Historia y crisis de la producción de la verdad en el marxismo

Bernardo Sorj

Traducido por Rubén Olivera
CLAEH (Centro Latinoamericano de
Economía Humana), Montevideo, 1986

Publicado originalmente en *Novos Estudos Cebrap*,
Vol. 2, Nº 3, noviembre de 1983, pp. 25-34.

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco



“Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general’ de verdad, o sea, los tipos de discurso que ella acepta y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, la manera como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquéllos que tienen el encargo de decir lo que funciona como verdadero”.

M. Foucault, *Microfísica del poder*, Graal, Río, 1972, p. 12.

Marx y el marxismo

Cualquier discusión sobre la crisis del marxismo presupone una definición de lo que el marxismo es, para posteriormente definir qué y por qué está en crisis. Un método generalmente adoptado es caracterizar el marxismo "verdadero" para luego encontrar las causas de los posibles desvíos o deformaciones. Este trabajo busca desarrollar una perspectiva diferente: en lugar de discutir sobre el "verdadero" o el "falso" marxismo, se busca reconstituir la historia del marxismo como un proceso de construcción social de un sistema de conocimientos que funciona dentro de parámetros políticos y sociales, y que, por razones históricas a ser clarificadas, es constantemente reinterpretado y modificado. En vez de *definir* el marxismo, pretendemos (re)construirlo como objeto sociológico, mostrando cómo se forman tendencias dominantes que definen el discurso correcto y que al mismo tiempo marginan, o incluso desconocen, las otras interpretaciones que no están de acuerdo con la versión dominante.

La metamorfosis de la obra de Marx en "marxismo" es el proceso de transformación de una obra intelectual en una doctrina y el pasaje por el cual un movimiento social se apropia de un discurso, adecuándolo a sus características y siendo al mismo tiempo influenciado por este discurso. Las grandezas y limitaciones que puedan ocurrir en su desarrollo posterior no pueden ser deducidas simplemente de las virtudes y vicios de la obra original; por el contrario, se trata de descubrir por qué ciertos elementos presentes en la obra original fueron olvidados y otros subrayados y fundamentalmente cómo se dio la organización social de la producción de conocimien-

to en el interior del movimiento social que se apropió de la obra de Marx. En la medida en que la doctrina entra en crisis, se debe mostrar cómo esta crisis refleja los mecanismos dentro de los cuales la verdad es producida y sancionada.

Engels, la Segunda Internacional y el surgimiento del marxismo

En la época de la muerte de Marx, su obra apenas había comenzado a propagarse en el movimiento obrero. Aunque muchos partidos obreros reconocían en Marx a un importante pensador socialista, ninguno de ellos se identificaba como marxista. Es más, en los últimos años de la vida de Marx el concepto de marxismo todavía era utilizado con un sentido peyorativo, tanto por sus opositores como por el propio Marx, debiéndose a Kautsky su transformación en un concepto con connotación positiva (Haupt, 1970, p. 364). Ya en la década final del siglo pasado, el marxismo se había transformado en la doctrina del partido socialdemócrata alemán. En el resto de los partidos socialdemócratas europeos, con la posible excepción del ruso, el marxismo nunca llegó a afirmarse totalmente (Gustafsson, 1975). El marxismo tuvo en Kautsky su San Pablo, contando con el apoyo de los trabajos de divulgación de Engels para realizar su tarea evangelizadora (Haupt, 1979).

El esfuerzo de divulgación se realizó por dos vías. Por un lado, se trataba de crear los mecanismos institucionales de divulgación y popularización del marxismo; por otro, adecuarlo a las condiciones y al clima ideológico prevalecientes en el medio obrero de la época. La divulgación del marxismo se da en el contexto de la preocupación, constante en ese período en el seno del movimiento obrero, con la educación de la clase. En la época, existían las llamadas "Universidades Populares", donde se enseñaba una mezcla de conocimientos científicos, filosofía social y "conocimientos generales". Se trata de

una etapa en que el estado burgués no había integrado al proletariado dentro del sistema educacional, factor que sin duda favoreció la expansión de las escuelas socialistas.

El partido, a través de los centros de estudios y del trabajo de propagandistas, formulaba una doctrina simplificada que pudiese ser fácilmente absorbida por las masas. Esta simplificación se orientaba por el objetivo de ofrecer "instrumentos" a los militantes en la lucha política cotidiana, basándose en la divulgación de los "grandes principios". Sobre este período dice Korsch que el marxismo avanzó desde el punto de vista de su penetración en el medio obrero, pero perdió en su capacidad y profundidad de explicación teórica. O según Andreucci: "... expansión y empobrecimiento, difusión y esquematización, ampliación y sistematización..." (1979, p. 71).

En este proceso es que la obra de Engels, en particular sus últimos trabajos, adquiere un papel notable de divulgación del marxismo. En verdad, afirmar que la esquematización y el cientificismo que muchos autores encuentran en la obra de Engels —confrontados con el carácter dialéctico y antipositivista de Marx— habrían llevado al tipo de marxismo predominante en el período de la Segunda Internacional, implica una posición errada. La obra de divulgación de Engels, en vez de "responsable" por la "deformación" del marxismo, era el marxismo exigido por el contexto de su transformación en doctrina social.

La transformación del discurso marxista, al comienzo minoritario, en el discurso dominante en la socialdemogracia alemana fue realizada por Kautsky a través de la "... reputación científica de Marx que serviría de poderoso instrumento a sus discípulos y epígonos para hacer prevalecer su teoría en el movimiento obrero" (Haupt, 1979, p. 360). Con la afirmación del prestigio del marxismo como doctrina científica del movimiento obrero "los militantes no evitan recurrir al nombro de un hombre para identificarse; por el contrario, se sienten orgullosos

de una etiqueta que los vincula al gran pensador, cuya fama de hombre de ciencia, de fundador del socialismo científico ya se encuentra consolidada" (ibid., p. 364). No deja de ser por lo menos aparentemente paradojal que el marxismo haya sido aceptado en el movimiento obrero en nombre de uno de los valores centrales de la burguesía en la época: el "poder" de la ciencia.

La "primera" crisis del marxismo: la confrontación Bernstein–Kautsky

En la versión leninista, Kautsky, en su enfrentamiento con Bernstein, "todavía" representaba la línea marxista correcta, "traicionada" posteriormente en el período de la Primera Guerra Mundial.

En textos esclarecedores, H. J. Steimberg (1982) y M. Waldembarg (1982) muestran cómo en realidad la ortodoxia de Kautsky había sido siempre una forma de encubrir y no confrontar las transformaciones profundas por las cuales pasaban la sociedad alemana y el capitalismo europeo en general, y en particular, la clase obrera y el partido socialdemócrata. Kautsky en este sentido fue consecuente durante toda su obra, sea en relación a Bernstein, sea en relación a la revolución rusa: siempre aferrándose a principios, sin confrontar los procesos sociales reales.

Aunque fuese el discurso dominante, "oficial" del partido socialdemócrata, su carácter "vacío" estaba marcado por el hecho de que los grupos que polarizaban la vida política del partido y reflejaban sus tendencias más importantes eran el revisionismo y la nueva izquierda (Neue Linke). Que éstas eran de hecho las tendencias dominantes quedó comprobado con la transformación, al fin de la Primera Guerra, de la primera en el grupo dominante en la socialdemocracia y, de la segunda, en la base del nuevo partido comunista.

El revisionismo de Bernstein, en verdad, representó un esfuerzo de superar el desfasaje entre la teoría radical y la práctica reformista de la socialdemocracia. Aún siendo a veces simplista, su no compromiso con la ortodoxia le permitió realizar muchos diagnósticos que se mostraron como más adecuados (o próximos a las tendencias presentes en el capitalismo del siglo XX) que los análisis de Kautsky e incluso de la Neue Linke. La confianza de Rosa Luxemburg en la capacidad de la acción revolucionaria autónoma de la clase obrera, no puede ser disociada de sus pronósticos sobre la crisis general del capitalismo. Ya sea a favor o en contra, Bernstein y Rosa Luxemburg desarrollaban sus estrategias a partir de la comprensión de una tendencia a la burocratización y al reformismo en el movimiento obrero alemán.

La disyuntiva entre la ortodoxia de Kautsky, el radicalismo de la Neue Linke y el revisionismo de Bernstein no fue resuelto políticamente en la pre–guerra dentro de la socialdemocracia alemana. Será Lenin, a través del impacto de la Revolución Rusa, el autor de la principal salida del impasse del marxismo, aunque, como veremos, creando otros nuevos y más profundos.

Los orígenes del leninismo

Como hemos visto, desde fines del siglo se dio un proceso en el cual los desdoblamientos intelectuales de la obra de Marx ocurren fundamentalmente en el seno del movimiento obrero. Con todo, si el uso del marxismo era común en las discusiones político–partidarias, no era en sí mismo un elemento directo de legitimación política. En otras palabras, los partidos socialdemócratas tenían una estructura del poder de carácter representativo, o, si se prefiere, democrático–burocratizado. A ellos podía afiliarse cualquier ciudadano y sus instancias de poder eran construidas a partir de líderes sindicales y políticos que recibían una legitimación periódica por el voto. Dentro de esta estructura, el teórico, aunque reconocido, no ocu-

paba por su dominio de la teoría marxista, un papel en la estructura de poder. En cierta forma, el partido reconocía la importancia de la teoría, pero en los asuntos prácticos, su papel en la definición de los rumbos del partido era secundario y racionalizador. Será Lenin, a través de la reformulación de las relaciones entre el movimiento obrero y "su" partido político, el que determinará las condiciones de reorientación del marxismo para un nuevo régimen de verdad.

La mayoría de los críticos de Lenin trata de demostrar cómo su visión del partido político habría sido una versión "rusa", "deformada", del marxismo. H. Marcuse fue uno de los pocos autores que, manteniendo una actitud crítica en relación al leninismo, reconoció en él una expresión directa de los problemas del movimiento obrero de Europa Occidental (Marcuse, 1961). A medida que en la práctica de la clase obrera tendía a ser dominante la tendencia reformista, el leninismo se presentaba como una nueva opción política. Basándose en la distinción entre intereses inmediatos e intereses reales, Lenin propuso que el partido obrero sólo estuviese conformado por la vanguardia que tiene conciencia de los verdaderos intereses de clase. Esto implicaba la no coincidencia inmediata entre la mayoría de la clase obrera y su dirección política.

Permanece sin respuesta en Marcuse el tema de por qué fue en Rusia en donde surgió el leninismo. Si por un lado el leninismo, en sus preocupaciones teóricas principales refleja el pensamiento europeo, la propuesta de organización presentada por Lenin está facilitada por las condiciones rusas. La inexistencia de un movimiento obrero en condiciones de organizar amplia y legalmente las condiciones de lucha clandestina, favorecen la *viabilidad* de la propuesta leninista. La demostración de que el leninismo no era un simple fenómeno ruso está en el hecho de que él se transforma, con la Tercera Internacional, en la forma organizativa de los grupos políticos que en Europa Occidental creían todavía en el socialismo revolucionario.

Se plantea así un tema central para el futuro de! marxismo: ¿Qué es lo que legitima al partido revolucionario? En el partido socialdemócrata clásico la respuesta era simple: la representatividad, o sea, el haber sido elegido por la clase, o por lo menos por un gran número de afiliados a un partido de masas. En el partido leninista la representación deja de ser inmediata, dada por el reconocimiento directo de los trabajadores a través de mecanismos electivos de representación. La legitimidad del partido como *verdadero* representante de la clase se da en la adopción de la teoría cierta, expresión "científica" de los intereses de la clase obrera. El marxismo que el partido profesa es, por definición, el verdadero, frente a las deformaciones y tergiversaciones de las otras corrientes obreras no leninistas. De esta manera, el leninismo introduce un nuevo aspecto en la historia del pensamiento marxista: el monopolio del marxismo verdadero y la negación del marxismo que no comulgue con el marxismo del partido. Este monopolio es condición de existencia del partido en la medida en que su legitimidad reposa en la posesión de la teoría correcta.

El marxismo, que ya se había convertido en las manos de Kaustky en la teoría científica del proletariado, sufre un nuevo acoplamiento y pasa a ser la teoría científica del proletariado representado por su vanguardia política. En la práctica, esta fórmula se invierte, en el sentido de que la posesión le la teoría marxista legitima la práctica política del partido y, por extensión, de la clase.

De esta forma el marxismo llega al poder, o sea que se transforma en el mecanismo central de legitimación de la práctica política, significando esto, por otro lado, su castración como discurso científico. El leninismo había instaurado un nuevo régimen de verdad.

Leninismo y producción de conocimiento

Lenin siempre aceptó la obra teórica de Kautsky y Plekhanov. La introducción de la teoría revolucionaria en la acción política se da sin que la teoría sea revisada. Así, las alianzas de clase negadas por Kautsky son introducidas de hecho por Lenin y el determinismo de la crisis final del capitalismo se sustenta, en la práctica, en un gran voluntarismo político.

El costo de recuperar la tradición revolucionaria, *manteniendo un discurso marxista ortodoxo que se dice fiel al pensamiento original de Marx*, significó profundizar las contradicciones en que comenzaban a hundirse los marxistas de la Segunda Internacional, terminando por crear todo un nuevo sistema de producción política de la verdad.

El régimen de la verdad en el leninismo

En el leninismo el saber marxista es la fuente de legitimidad de la dirección del partido. Dado que el marxismo es definido como la teoría científica por excelencia, la ciencia sería por lo tanto la orientadora de la vida político–partidaria.

Pero ocurre que el partido no se estructura en función de la producción del saber científico y sí de sus *necesidades organizativas políticas*. Su dirección está formada por los cuadros que sobresalen en las funciones administrativas y de liderazgo que emanan de la vida política partidaria.

Como es un saber que se dice científico y que legitima el poder en y del partido, la dirección partidaria debe apropiarse de la producción del saber marxista y monopolizarla. Así, tenemos en la capacidad político–administrativa el camino para el monopolio del saber científico, que a su vez se coloca permanentemente al servicio de este poder. En la medida en que es legítimo por representar el saber marxista, el poder debe permanentemente fundamentar su política en términos de un análisis "científico" (= marxista) de toda la realidad.

La sociología del funcionamiento de los partidos leninistas todavía está por ser escrita, aunque existan testimonios de ex–comunistas particularmente interesantes (véase por ejemplo, Rodinson, 1981). Nos interesa aquí resaltar algunos aspectos que son relevantes específicamente para comprender el funcionamiento del régimen de verdad, en el cual el poder político se justifica en nombre de un saber científico. Sin pretender una enumeración exhaustiva, indicamos algunos mecanismos en los cuales se procesa la producción del conocimiento en el leninismo:

1. El fundamento final de la identificación partido-marxismo–clase obrera es tautológico. El partido representa la conciencia de clase del proletariado porque se orienta por los principios del marxismo y la verdad final del marxismo se sustenta en el proletariado que a su vez es representado por el partido.

2. En verdad, este raciocinio circular es constantemente cuestionado por el surgimiento de tendencias políticas diferentes, marxistas o no. En el caso de tendencias políticas obreras no marxistas, estas pueden ser fácilmente encuadradas e ignoradas, en la medida en que no son marxistas son formas de falsa conciencia, de influencia del pensamiento burgués en el seno del movimiento obrero, siendo el caso más típico el de la socialdemocracia. Pero dentro del propio partido o fuera de él, surgen constantemente grupos marxistas que se rebelan contra

la línea oficial del partido, lo que equivale a decir contra el marxismo oficial. Se plantea así el problema de los mecanismos disciplinarios.

3. Dentro de la lógica de los marxistas “leninistas”, la lucha por el poder político, ya sea dentro del partido como en la *representación* de sí mismo *vis a vis* con el proletariado, es una lucha por el control del “marxismo verdadero”.

4. Si la decisión final sobre la “verdad” de cada discurso se va a dar en el campo real de las fuerzas políticas movilizadas por las tendencias en juego, las diferentes tendencias se enfrentarán y se justificarán en torno de la demostración de los desvíos del otro frente al “marxismo verdadero”.

5. Al no existir ningún principio definitivo de autoridad, se termina volviendo a los textos originales, fuente última en la cual se buscan los fundamentos de la verdad de cada posición.

6. Dado que la única referencia de autoridad son los clásicos, la confrontación política y el disciplinar a las otras tendencias se dará dentro de líneas de razonamiento muy similares a aquellas que se presentan en la dinámica de las religiones institucionalizadas, en particular el cristianismo. Tenemos así que el poder se sustenta en el monopolio de la interpretación de los textos sagrados, de la misma manera en que la Iglesia se sustenta en que ella es la legítima heredera y única fuente de interpretación de los textos sagrados. Aquéllos que cuestionan el poder central son heréticos o, en el lenguaje leninista, se desvían de la línea correcta (por definición la propia). En ambas funcionará una lógica maniqueísta en que fuera de la Iglesia (del partido) sólo hay engaño.

7. La lógica política con que funciona el partido es una lógica militar en un doble sentido. Por un lado, la estructura interna de los partidos comunistas se parece a una estructura castrense (Althusser, 1980); por otro, se

coloca, por lo menos a nivel de su discurso, en una posición de total confrontación frente al "enemigo externo" que generalmente es considerado como una fuerza, en última instancia con una gran lógica conspirativa (anticomunista) única. Dentro de este contexto de militarización de la política el individuo sólo puede someterse a la disciplina de la organización, pues de no hacerlo estará sirviendo al enemigo. "La trés juste perception des limitations de la pensée de chacun se debouche sur la fausse conception d'une infaillibilité coíllective, en derniére analyse mystique". (Rodinson, 1981, p. 55).

8. La legitimación del marxismo leninismo hace que la mecánica anterior funcione, con mayor o menor rigidez, en contextos sociales diversos. Sin duda, en condiciones políticas de mayor aislamiento y represión, estos mecanismos se presentan con mayor fuerza que en contextos en donde se da la participación en el sistema político vigente. Esto en la medida en que la persecución sólo reafirma la lógica militar del partido, al mismo tiempo en que exige el fortalecimiento de los mecanismos de fe mesiánica: el sufrimiento recibido demuestra la verdad de esta profecía (Berger, 1969).

9. En la medida en que el partido representa el único orden significativo válido para el militante, el cuestionamiento puede costarle la expulsión (excomunión), o sea, retirarle el significado de la vida (Berger, 1967). Frente a este castigo, la "autocrítica" permite que el(los) militante(s) se purifique(n) y vuelva(n) al orden establecido. La autocrítica funciona también a nivel del conjunto del partido; a través de ella se reconoce que hasta el Comité Central puede equivocarse sin que nunca sean cuestionados los "principios" teóricos.

10. A diferencia, sin embargo, de las grandes religiones, el talón de Aquiles de los mecanismos de reproducción del discurso marxista institucionalizado en el leninismo, es su carácter terrenal. Aunque pueda postergar el momento de su concreción, su posibilidad no es metafísica y debe confirmarse confrontarse de alguna for-

ma con los procesos históricos reales. Es en este contexto en donde surgen los problemas tanto de insuficiencias teóricas como prácticas. Las insuficiencias teóricas frente a fenómenos sociales nuevos, avances del conjunto del pensamiento científico, o a temas considerados relevantes por los intelectuales, son resueltas por el mecanismo de *ritualización* de lo desconocido, de aquello que todavía *falta* en Marx. Por un lado se reconocen una serie de vacíos en el pensamiento marxista clásico, pero se pasa inmediatamente a una declaración de fe de que en el pensamiento original se encuentran los elementos para responder a los desafíos actuales y/o lo que es más importante, se presupone que los desafíos colocados por las nuevas realidades sociales e intelectuales pueden ser respondidos sin cambiar los componentes principales del pensamiento marxista (los que por definición son inamovibles bajo pena de cuestionar la propia legitimidad). El mismo tratamiento sufren los nuevos movimientos sociales: se trata de "absorberles" dentro del partido para *reducirlos* a la lógica central de legitimación partidaria. Véase por ejemplo el tratamiento dado a los movimientos feminista y ecológico. En ambos procesos se termina por "absorber" los nuevos datos de la realidad "demostrando" que las nuevas ideas emanan de las antiguas, constituyen su prolongación natural. Este rito de la fidelidad es fundamental para mantener la referencia a la autoridad final. En la tradición iniciada por Lenin, todos los grandes revolucionarios marxistas se caracterizan por una práctica herética y por una teoría ortodoxa.

Se trata de un conjunto de mecanismos que, en nombre de la defensa de un sistema cognoscitivo (el pensamiento marxista revolucionario) impone un sistema normativo y ético determinado. El marxismo, de hecho, intenta reunificar la verdad científica con la verdad moral, a través del presupuesto de que el futuro de la historia podría ser deducido científicamente y que éste era el de la liberación de la humanidad por el proletariado. El partido no es simplemente producción de conocimiento, es

fundamentalmente producción de significados y la posibilidad de expulsión lleva a la pérdida del sentido en la vida. Así, la frase "fuera del partido no hay salvación" explica la doble cara del rito de la autocrítica: cognoscitivamente, la autocrítica permite culpar al individuo–grupo-lideranza por los errores, absolviendo a la teoría, por definición siempre correcta; existencialmente, permite reunificar al colectivo, reafirmando la unidad y la fe en los objetivos finales.

El marxismo entre las dos guerras

El régimen leninista de producción de la verdad tuvo sus efectos directos sobre la intelectualidad que se integró en la vida del partido. El caso más conocido posiblemente es el de Lukacs, que después de haber escrito su obra prima bajo el impacto de la Revolución Rusa, pasó por una serie de autocríticas elaborando una obra que hoy no despierta mayor interés. Otros intelectuales que estuvieron ligados al partido comunista, cuando no fueron quebrados por las reglas del juego se apartaron del marxismo o, con pocas excepciones, permanecieron en una total marginalidad política e intelectual. Sin embargo renacieron en la década del sesenta como es el caso de los teóricos de la oposición obrera e intelectuales del peso de K. Korsch y Ernest Bloch (Mattick, 1978).

Aun así, la imagen que surge en 1956, según la cual el marxismo habría sufrido desde la muerte de Lenin un congelamiento en el período estalinista y la crisis del estalinismo permitiría el renacimiento del marxismo creativo, es parte todavía de la construcción de la realidad de acuerdo con las hormas de la perspectiva leninista. En otras palabras ella asimilaba marxismo con leninismo y en la medida en que éste fue "congelado", igual destino le tocó al marxismo. Pero la historia fue diferente. En la entreguerra el marxismo tuvo un desarrollo importante, no solamente en aquellos intelectuales independientes, marginales a los partidos comunistas, sino en

el seno de la socialdemocracia, en particular de Europa Central. Aquí el marxismo continuó siendo el marco central de referencia intelectual y generó una serie de intelectuales que, aparte de producir una obra teórica importante, tenían papeles centrales en sus partidos.

El austro–marxismo, entre cuyos componentes principales se encuentran K. Renner, F. Adier, V. Adler, O. Bauer y R. Hilferding, representa probablemente el grupo más importante. Los austro–marxistas son unos de los principales núcleos de teóricos marxistas con una sólida formación académica. Se trataba, ya entonces, de enfrentar una crítica al marxismo que venía de los grupos intelectuales más avanzados de la burguesía y de alto nivel académico. En contraposición a la teoría del capitalismo organizado que habría superado sus crisis y postergado *sine die* su desmoronamiento, la izquierda austro–marxista se identificaba con la teoría del colapso final (Marramao, 1980) y, en este sentido, continuaba la tradición del Luxemburguismo.

El austro–marxismo analizó el movimiento bolchevique como producto de las condiciones de la lucha de clases en un medio predominantemente agrícola y poco industrializado. El gran problema al que se enfrentaba este grupo era el de superar el "doctrinarismo comunista" y el "doctrinarismo socialdemócrata":

"Este modo de pensar, sin embargo, sólo confirma el dato objetivo que ya sabíamos, o sea que el reformismo en muchos de sus *representantes dejó enteramente de ser un punto de vista revolucionario de clase; para el, quien sea que* se *presente con una posición marxista consecuente se vuelve algo extraño y hasta hostil, en una palabra, un 'comunista'.*

Por otro lado, es también desastroso para el movimiento socialista la identificación del 'marxista' como el 'bolchevique' operada por la Tercera Internacional, tal como se expresa en el lenguaje hoy en día casi canónigo del partido comunista, que actualmente no toma más en cuenta el

marxismo, sino sólo el marxismo–leninismo. (...) La Tercera Internacional y el bolchevismo representan apenas una fuerza histórica particular del marxismo, y no el marxismo en sí". (M. Adler, 1977, pp. 270–271).

La Escuela de Frankfurt representa también un importante grupo de reflexión desligado de los partidos comunistas en este período. En las interpretaciones contemporáneas, aun reconociéndose su contribución, se critica que ella haya permanecido al margen de la vida orgánica de los partidos obreros (Slater, 1978). Parte considerable del esfuerzo teórico de la Escuela de Frankfurt se orientó en el sentido de interpretar las nuevas formas asumidas por el capitalismo en el período contemporáneo, en un momento de ascensión del fascismo. En este período, se planteó claramente el problema de no coincidencia entre pensamiento crítico y contexto histórico. Más importante que el problema histórico coyuntural, la Escuela de Frankfurt presenta al límite el problema central que se plantea para la reflexión científica marxista: el cuestionamiento del papel histórico del proletariado. La posibilidad de esta duda y su elaboración es la garantía de que el marxismo no es un sistema dogmático. ¿Puede, sin embargo, ser planteada en el seno de un partido que se basa en la ideología de la clase obrera como agente de la gran transformación histórica?

La destrucción de las tradiciones anteriormente mencionadas por parte del nazismo permitió que en la post–guerra el marxismo y el leninismo apareciesen casi como sinónimos. No se debe olvidar que en esta tarea de identificar marxismo y bolchevismo la propia burguesía tuvo un papel importante. Esta situación, sin embargo fue diferente en los países subdesarollados donde, al no existir en la mayoría de los casos tradiciones socialdemócratas, marxismo y bolchevismo aparecieron generalmente hoy en gran parte de la discusión sobre el eurocomunismo como sinónimos desde el comienzo. No es casual que esté trillando viejas formulaciones de O. Bauer y V. Adler y que estos autores comiencen ahora a ser recuperados. (Buci–Glucksman y Therborn, 1981).

La “segunda” crisis del marxismo

La crisis que atraviesa el marxismo en la actualidad presenta una pluralidad de aspectos. Parte considerable de sus causas le son “externas” y tienen relación con transformaciones sociales e intelectuales del capitalismo tardío. Este conjunto de factores actúa sobre el marxismo institucionalizado y es, sin duda, un factor central de su desestabilización. Existe sin embargo una dimensión interior a esta crisis que está ligada al propio campo social dentro del cual el marxismo institucionalizado funciona y que no permite la reproducción de los mecanismos rutinizados de producción de la verdad en el estilo leninista.

El marxismo institucionalizado en la versión leninista se desarrolla en dos contextos fundamentalmente diferentes: en estados burgueses y en estados en los cuales él llega al poder. El segundo caso se encuentra fuera de los límites de este trabajo. Baste señalar que en la medida en que el conjunto de mecanismos coercitivos a disposición del Estado actúa en la mantención de un régimen de verdad que pasa a ser impuesto no a una organización política y sí a toda una sociedad, su estructura y su historia adquieren una nueva dimensión.

En el caso de los países capitalistas, en el período contemporáneo, es posible distinguir por lo menos dos grandes fases. La primera puede ser localizada entre el comienzo de la Segunda Guerra y 1956. En este período, marxismo, socialismo revolucionario y leninismo se confunden totalmente. A partir del XX° Congreso, sin embargo, comienza un proceso cuyas consecuencias todavía vivimos, en el cual el régimen leninista de la verdad entra en crisis. Esta crisis se desarrolla en dos niveles: en

la relación entre la organización política y los intelectuales marxistas y en la relación entre la organización y sus propias bases de legitimidad. Ambos aspectos están relacionados.

El abandono constante y creciente de los partidos comunistas por intelectuales marxistas era al comienzo tratado por los partidos dentro de su sistema de amonestaciones y encuadramientos: se trataba de pequeños burgueses que abandonaban la causa del proletariado, hecho explicable por las propias raíces y condiciones de vida de los intelectuales. Con el tiempo, este grupo de intelectuales crece a tal punto que difícilmente los partidos comunistas podían ignorarlo. Sobre todo después de 1968, surgió una nueva generación de intelectuales marxistas que a veces ni llegó a pasar por los partidos leninistas. Se generó así una presión constante para que los partidos leninistas —especialmente aquéllos que no se reducen a una secta— abriesen un espacio propio para la intelectualidad y al mismo tiempo mantuviesen algún tipo de diálogo con los marxistas no organizados políticamente. En ambos casos el éxito del intento fue limitado cuando no un fracaso. Esto ocurrió porque en el caso de darse el reconocimiento de la autonomía de la intelectualidad en el seno del partido y también fuera de él, se pondría en cuestionamiento la legitimidad de la dirección partidaria. ¿En nombre de quién ella organiza su estrategia y mantiene su poder si su infalibilidad como representante de la clase obrera puede ser cuestionada por intelectuales que poseen un saber propio? Ante el peligro de verse cuestionadas las direcciones leninistas están obligadas a negarle a la intelectualidad marxista un lugar autónomo y suficiente en la producción de conocimiento.

Las organizaciones leninistas sufren una segunda presión proveniente de la estrategia política donde se localizan. En la medida en que la democracia parlamentaria es casi universalmente aceptada, estos partidos deben hacer también profesión de fe democrática. Un discurso democrático consecuente entraría en choque con la estructura interna del partido. Una de las razones que se

esconde detrás de la necesaria ambigüedad que se mantiene con el mundo del socialismo real es que cuestionar totalmente estos países significa colocarse a sí mismos en jaque.

En la medida en que la propia clase obrera —inclusive la que milita en los partidos comunistas— se integra en los moldes de la acción y la conciencia reformista y parlamentaria, los partidos deben cambiar sus discursos, lo que lleva a erosionar su base de legitimación (o sea, la teoría de una clase revolucionaria de la cual el partido sería la vanguardia y por causa de la cual debería mantener una estructura específica de organización).

Estas fuerzas se orientan en la dirección de provocar una implosión del modelo leninista (por lo menos en países de democracia parlamentaria). Esta implosión también pone en crisis la posición de los intelectuales ligados al marxismo, resurgiendo los problemas que el leninismo intentó superar —siendo el principal el papel (revolucionario) de la clase obrera— y muchos nuevos acumulados en el transcurso de este siglo.

El surgimiento de una intelectualidad marxista no subordinada a la organización política representa, así, una situación problemática para los propios intelectuales. Por lo menos se terminó la tranquila certeza que tenía el intelectual leninista de estar representando a la clase. Se crea una nueva situación en la cual el marxismo académico en su conjunto se encuentra sumergido, apareciendo constantemente el problema del "verdadero" marxismo, de quién "representa" el verdadero interés de la clase obrera y, en general, en el diálogo con corrientes no marxistas, la aceptación de que se trata de otras interpretaciones científicas igualmente válidas o plausibles de la realidad y no de simples mistificaciones burguesas.

La confusión y la perplejidad abiertas por la crisis del régimen leninista de verdad se vuelca en un primer momento en la búsqueda de retornar a las fuentes clásicas "deformadas" por el estalinismo. Luego quedó claro que estas fuentes no podían resolver los problemas que la ciencia social debía enfrentar en la segunda mitad del

siglo XX. Surge así, hoy, una nueva literatura marxista en la cual difícilmente se discierne una clara tendencia o acuerdo, posiblemente uno de sus rasgos más positivos.

La separación entre producción intelectual y la organización política expresa y fortalece una tendencia general en los nuevos movimientos sociales en el capitalismo tardío. Su sustentación no se da en nombre de un conocimiento científico y sí de objetivos y valores sociales dados. Nadie es feminista o ecologista porque es científicamente correcto. Nadie presupone que lo que es bueno inexorablemente converge con el movimiento de la historia, que un sujeto social representa esta unidad de necesidad y justicia, de verdad y emancipación humana.

El marxismo en crisis hoy está constituido por dos cuerpos básicamente diferentes. Uno es el marxismo–leninismo, y su crisis es la de los dirigentes y funcionarios. Teniendo que sustentar un sistema de legitimación que presenta cada vez más problemas. Otro es el marxismo académico, en crisis por haber perdido sus "garantías", por estar deseoso de mantener algún tipo de relación privilegiada con el movimiento socialista, pero arriesgando a que se introduzca en el debate académico esta relación como criterio de verdad.

Conclusiones

En las interpretaciones marxistas de su propia historia se contraponen y a veces se confunden dos puntos de vista. Uno, preocupado en restaurar la verdadera teoría de Marx, única interpretación (por "gracia" del sentido de la Historia) al mismo tiempo científica y revolucionaría de la realidad y otro, proclamando que las encrucijadas de la teoría se deben a los reflujos del proletariado y/o a los "desvíos" de sus líderes políticos.

Sin duda existe una relación entre marxismo y clase obrera, pero compleja y por momentos conflictiva. El caso más típico son las situaciones de derrotas y reflujo político, fuentes de importante elaboración intelectual, de

trabajos en "profundidad" que las situaciones revolucionarias no favorecen. *El Capital* de Marx y los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci son ejemplos elocuentes. Las relaciones entre movimiento obrero y producción intelectual no son unívocas y pasan por la compresión de la formación del tejido específico de la intelectualidad, sus tradiciones y formas de inserción en el movimiento político. Inclusive la relación entre intelectualidad y socialismo tiene fundamentos propios y complejos, ligados generalmente a una reacción romántica o democrática contra el capitalismo como negación de valores que le son propios.

La teoría marxista dejó de lado el problema de la especificidad de la organización social de la producción de conocimiento. Una primera aproximación sobre las razones de tal situación nos lleva a las siguientes hipótesis:

1. De la misma forma que, como señaló Bobbio, la teoría de la extinción del Estado llevó a un abandono por parte de la teoría marxista del problema de la organización del orden político, la teoría de la eliminación de la separación entre trabajo manual e intelectual llevó, aparentemente, a descalificar, por pertenecer a la "prehistoria", el problema de la organización social específica de la producción de todo conocimiento.

2. El papel singular que ocupa en la teoría marxista el proletariado: en principio una hipótesis teórica producida por el discurso científico, terminó por transformarse en la propia base fundadora del conocimiento. Ahora, o el papel histórico del proletariado es una proposición científica y por lo tanto pasible de cuestionamiento o es un presupuesto del discurso.

3. Las relaciones entre teoría y práctica tal como ya aparecieron en la obra de Engels representan un planteo en lo mínimo ambiguo y en lo máximo pre–científico. El pensamiento científico surge por la utilización sistemática de la experimentación, por lo tanto el científico en su trabajo, utiliza necesariamente datos empíricos para

su elaboración teórica. El énfasis en la práctica como fuente de conocimiento puede ser interpretado como la necesidad de tomar en cuenta la experiencia real en la elaboración intelectual o como queriendo decir que aquéllos que se encuentran en la práctica política cotidiana son los más capacitados para producir conocimientos. En el primer caso tendríamos una caracterización simplificada del trabajo científico, en el segundo, dominante en el leninismo, el abandono de padrones científicos por otros cuyas reglas desembocan en la producción leninista de la verdad o, en su aparente contrario, el populismo intelectual.

La indeterminación sobre la especificidad real de la la producción de conocimiento, de la relación entre teoría y clase social y entre teoría y práctica, genera un espacio oscuro, indeterminado, en el cual el marxismo, aunque en forma inconsciente, terminó por crear su organización social de producción del saber.

Este trabajo intentó mostrar las formas por las cuales se institucionalizó y entró en crisis la producción de conocimiento en el interior del marxismo. Una elaboración más amplia exigiría salir del marco del estudio de los mecanismos de funcionamiento del marxismo como realidad histórica y social para enfrascarnos en un debate sobre las relaciones entre ciencia y "conciencia de clase", movimiento obrero y crítica del capitalismo y muchos otros temas. Una discusión sobre estas cuestiones en el marxismo sólo puede avanzar entre tanto si se definen las "reglas del juego" del debate intelectual. Esta definición pasa por la redefinición de las relaciones entre el campo intelectual y el político.

El marxismo puede funcionar como ciencia y/o como ideología, siendo que la fuerza de una ideología se encuentra en la capacidad de cristalizar y orientar motivaciones e intereses y no en su adecuación empírica, inteligibilidad, coherencia y capacidad explicativa. Es como ideología que el marxismo fue tratado en este trabajo. No

se trata por io tanto de contraponer a la ideología argumentos de orcen científico y sí de descubrir los mecanismos sociales que la sustentan.

El leninismo "sublimó" en el partido la primera crisis del marxismo centrada en la relación entre la realidad del movimiento obrero y las expectativas de la teoría marxista. En la medida en que se descubren los mecanismos de sublimación queda abierta nuevamente la problemática original. La segunda crisis pasa por lo tanto, a ser vivida como una crisis del partido, en las formas particulares en que interiorizó y suprimió las relaciones problemáticas entre teoría y clase.

La democratización de la práctica política en las organizaciones marxistas no implicará en sí misma la resolución del impasse teórico del marxismo. Pero liberando a los intelectuales marxistas de la subordinación a las jerarquías políticas, se abre un espacio mayor para la reflexión intelectual así como para una práctica política más democrática de los propios partidos, que ofrecerá nuevos insumos para la elaboración intelectual. Con todo, y hay que recalcarlo, el problema de una teoría adecuada no se resuelve en el problema de una organización política adecuada. Incluso porque si el problema de la práctica política correcta es el problema de la maximización del orden democrático, el orden científico no se resuelve en el problema de un orden democrático. En otras palabras, de la misma forma que el problema de la creación científica no puede ser reducido a una estructura política jerárquica subordinada a las necesidades prácticas de la organización, tampoco se resuelve o se diluye dentro de un orden democrático. Los problemas de la ciencia, su dinámica y características no son reducibles a la organición política general de la sociedad. Esto no quiere decir que no existan relaciones entre ciencia y política, o estructura social. Sería ridículo negarlo. Lo que afirmamos es simplemente que la forma como se procesa la producción del conocimiento científico implica ciertas reglas propias. La ciencia no precisa escoger entre paradigmas ciertos y errados, sustentándose en la duda universal y la

permanencia de un argumento no puede depender de la capacidad de aglutinar la mayoría a su alrededor, mientras que la política por el contrario exige certezas, decisiones prácticas que implican la elección y el derecho de la mayoría de decidir a favor de una posición determinada.

La crisis del marxismo implica, a la vez, otra dimensión que no es la cognositiva y que es en cierta forma más profunda, de orden moral–existencial. El marxismo, tal como se cristalizó en el leninismo, más que ordenamiento cognositivo de la realidad, representa una ordenación existencial y hasta cierto punto moral de la vida del militante: biografía e historia se encuentran; lo que es verdadero también es cierto, sentido de la vida y sentido de la sociedad se confunden. No es básicamente de orden intelectual la crisis de aquéllos que abandonan los partidos leninistas. Es el significado de la existencia lo que está en juego.

La reconstitución de la legitimidad en las organizaciones originadas en el marxismo pasa, por consiguiente, tanto por el orden intelectual (una nueva forma de relación con la producción del saber) como por el orden moral (su sustentación en valores que no pretendan basarse en la ciencia); el partido debe dejar de ser la encarnación de la verdad para asumir sus funciones específicas de representación de intereses en la arena política. A su vez, afirmar un lugar específico y autónomo para el pensamiento social no pretende mistificar el alcance y la importancia que él pueda tener en la transformación de la realidad.

BERNARDO SORJ es *profesor de Ciencia Política de la UFMG e investigador del Instituto de Relaciones Internacionales de la PUC/RJ.*

BIBLIOGRAFÍA

ABERDROTH, W. **Socialismo e Marxismo da Weimar alia Germania Fedérale,** Firenze, La Nuova Italia, 1978.

ADLER, V. "II Socialismo di Sinistra. Necessarie Osservacioni sul riformismo e socialismo rivoluzionario", en **Marramao,** 1980.

ALTHUSSER, L. **O Marxismo Hoje,** mimeo., s/d.

"El Marxismo desbloqueado", **Nariz del Diablo,** Vol. 1, Nº 2. 1980.

ANDERSON, P. "¿Existe una Crisis del Marxismo?" en **Dialéctica,** Año 5, Nº 9, Dic. 1980.

Considerations on Western Marxism, London, NLB, 1976.

ALTVATER, E., KALLSCHEUER, O. "Socialis Politics and the Crisis of Marxism", en **The Socialist Register,** 1979.

ANDREUCCI. F., "A difusáo e vulgarizagáo do Marxismo" en HOBSBAWN, 1982.

BAUER, O. **Tra due Guerre Mondiali?** Torino, Einaudi Editore, 1979.

BERGER, P., **A Rumour of Angels,** Penguin Books Harmondsworth, 1969
The Social Reality of Religión, Penguin Books Harmondsworth, 1967.

BUCI–GLUCKSMAN, C, THERBORN, G., **Le Défi Social–Democrate,** Paris, Francois Maspero, 1981.

COLLETTI, E., **Tra Marxismo e No,** Bari, Laterza, 1979.

GUSTAFSSON, B., **Marxismo y Revisionismo,** Barcelona, Grijalbo, 1975.

HAUPT, G. "Marx e o Marxismo", en HOBSBAWM, E., 1979.

HOBSBAWN, E. **Historia do Marxismo,** vol. 1, Río, Paz e Terra, 1979.

Historia do Marxismo, vol. 2, Rio, Paz e Terra, 1982.

Revolutionaires, London, Quartet, 1973.

JAY, M. **The Dialectical Imagination,** London, Heinemann, 1973.

JIMÉNEZ, A., "La Crisis de la Izquierda", en **Nariz del Diablo** vol. 1, Nº 2, 1980.

KOLAKOWSKI, L **Main Currents of Marxism,** N.Y., Oxford Unversity Press, vols. III, 1978, y vol. III, 1981.

KORSCH, K. **Marxism and Philosophy,** London, 1970.

"The Crisis of Marxism", en **New German Critique,** Fall, 1974.

LOWY, M. **Le Marxisme en Amérique Latine de 1909 a nos jours,** Paris, François Maspero, 1980.

Para urna Sociología dos Intelectuais Revolucionarios, Sao Paulo, LECH, 1979.

LUKACS, G. **History and Class Conciouness,** Merlin Press, 1971.

MANDEL, E. **Marxismo abierto,** Barcelona, Grijalbo, 1982.

MARCUSE, H. **Soviet Marxism – A Critical Analysis,** N. Y. Vintage Books, 1961.

MARRAMAO, G. **Austro marxismo e socialismo di sinistra fra le due Guerre,** Milano, La Pietra, 1980.

MATTICK, P. **Rebeldes y Renegados,** Barcelona, Icaria, 1978.

RODINSON, M. "Autocritique", en **Pauple Juift ou Probléme Juif,** Paris, François Maspero, 1981.

SLATER, P. **Origem e Significado da Escola de Frankfurt – Uma Perspectiva Marxista,** Rio, Zahar, 1978.

STEMBERG, H-J. "O Partido e a Formaçâo da Ortodoxia Marxista", en HOBSBAWM, 1982.

THERBORN G. **Science, Class and Society,** London N.I.B., 1980.

WALDENBERG. M. "A Estrategia Política da Social Democracia Alema", en HOBSBAWM, 1982.